


colección alandar 



El naranjo que se murió de Tristeza

Mónica Rodríguez Suárez

EDELVIVES

Dirección editorial:
Departamento de ediciones GELV

Dirección de arte:
Departamento de imagen y diseño GELV

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Edición:
Área de publicaciones de literatura infantil y juvenil

Coordinación de producción y maquetación:
I+D de soportes editoriales GELV

Fotografía de cubierta:
Thinkstock

© Del texto: Mónica Rodríguez Suárez
© De esta edición: Editorial La Cebra, Vives, 2013

Impresión:
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

ISBN: 978-84-263-8901-5

Depósito legal: T xxx-2013

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El 0,7% de la venta de este libro se destina al proyecto «Mejora del acceso a la Educación Secundaria de calidad en Ashalaja», que cofinancia la ONGD SED (Solidaridad, Educación, Desarrollo) como apoyo a procesos de desarrollo local en Ghana.

FICHA PARA BIBLIOTECAS

RODRÍGUEZ, Mónica (1969-)
El naranjo que se murió de Tristeza / Mónica Rodríguez. – 1ª ed. –
[Zaragoza] : Edelvives, 2013
116 p. ; 22 cm. – (Alandar ; 138)
ISBN 978-84-263-8901-5
1. Posguerra. 2. Presos políticos. 3. Relaciones familiares. 4.
Divorcio. I. Título. II. Serie.
087.5:821.134.2-3"19"

*...un hombre
triste
no se parece
a ningún otro
hombre
triste.*

M. BENEDETTI



UNO

El naranjo de la calle del Mediodía tenía muchos años cuando murió, más de los que debería. Pero no murió de viejo, murió de tristeza, y yo fui testigo de aquel cambio del árbol.

Empezó, sin yo saberlo, una mañana fría de enero. Caminaba en dirección al colegio y el viento soplaba y se colaba entre mis trenzas, y yo saltaba para entrar en calor. Antes de llegar a la calle del Mediodía, me llegó el olor. Era un aroma dulce, a sol, a inicios del verano. Había luz en aquel olor, en esas imágenes que de pronto me asaltaron arrastradas por aquel viento. Era extraño porque era invierno y hacía frío y yo soplaba sacando pequeñas nubes de vaho por mi boca.

Seguí saltando sobre el empedrado y sonaban los adoquines contra mis zapatos. Doblé la esquina. El aire

me dio de cara y recordé a la tata Josefa diciendo que a los naranjos no les gusta el viento, no lo soportan. Miré entonces hacia el naranjo de la calle del Mediodía.

Aún las farolas estaban encendidas y su luz se perdía en la mañana. Un remolino de hojas blancas y diminutas flotaba alrededor del árbol. Era una imagen extraña, casi poética. Me quedé extasiada viendo aquellos racimos blancos que pendían de su copa. Y los pétalos llevados por el viento. Y no era para menos. Estábamos en invierno y, sin embargo, el naranjo de la calle del Mediodía había florecido.

Corrí hacia el árbol y puse la mano en su tronco. No sé por qué tenía un afecto especial a aquel árbol que veía todos los días de camino a la escuela. Tal vez ya intuyera que guardaba una historia.

La historia de Josefa, mi tía abuela a la que siempre llamé tata.

Mi propia historia.

Yo, entonces, no sabía que el naranjo se estaba muriendo de tristeza.

Tardé en separarme del tronco, hipnotizada por aquel remolino de pétalos que caía del árbol como una gran nevada. Alguna flor se prendió a mis trenzas y corrí de nuevo porque llegaba tarde a la escuela.

El viento no pudo arrancarme la flor del cabello y cuando llegué a casa, al mediodía, aún tenía una diminuta flor de azahar en una de mis trenzas. Mi madre y la tata Josefa me miraron y sonrieron.

—Ay, qué niña más guapa —dijo la tata.

—¿Qué llevas ahí, Ali, en la trenza?

Yo también sonreí y me miré al espejo. Las trenzas se deshilachaban y mi cara era redonda y rosada y los ojos negros, y aquellos pétalos, tan blancos, un poco mustios, se habían colocado en el mechón retorcido de mi trenza derecha.

—Es del naranjo del Mediodía —dije encogiéndome de hombros—. Ha florecido.

Mi madre y la tata se miraron de reojo. Saqué el pétalo de la trenza y se lo mostré sonriente. Un alboroto blanco y ajado en mitad de la palma. Lo olí.

Entonces, la tata Josefa se echó a llorar.